

pequeñísimos que pasaban por entre unas piedras grandes como casas.

Horas, horas pasaban, y cada minuto llevaba consigo un siglo. La lluvia caía sin descanso ni tregua, con el mismo gotear tranquilo, como si tuviera infinidad de tiempo, toda la eternidad, para anegar la llanura. Juana dormía. Junto á ella, su muñeca, doblada sobre la baranda, con las piernas en la habitación y la cabeza fuera, parecía una ahogada, con la camisa pegada á su piel de color de rosa, sus ojos fijos, sus cabellos chorreando agua; y estaba tan delgada que daba miedo, con aquella postura cómica y desconsoladora de muertecita. Juana, adormecida, tosía; pero no abría ya los ojos; su cabeza rodaba sobre sus cruzados brazos, y la tos terminaba en un silbido sin que la niña se despertara. No había nada ya; dormía en lo negro, y ni siquiera retiraba la mano, cuyos enrojecidos dedos dejaban caer gotas claras, una por una, en el fondo de los vastos espacios que se abrían bajo la ventana. Aquello duró aún horas y horas. En el horizonte, París se había desvanecido como una sombra de ciudad; el cielo se confundía con el brumoso caos de la planicie, y la lluvia gris seguía cayendo con pertinacia.

QUINTA PARTE

I

Era ya de noche hacía bastante rato, cuando volvió Elena á su casa.

Mientras subía penosamente la escalera agarrándose á la baranda, su paraguas goteaba sobre los peldaños. Delante ya de su puerta, permaneció algunos segundos resollando, aturdida aún por el rumor del chubasco á su alrededor, por los codazos de la gente que corría, por el reflejo de los reverberos que danzaban en los charcos. Andaba como en sueños, con la sorpresa de aquellos besos que acababa de dar y de recibir; y mientras buscaba la llave, pensaba en que no sentía ni remordimiento ni alegría. Había sido aquello, y no podía ella hacer que fuese de otra manera. Pero no encontraba la llave; sin duda se la había dejado olvidada en el bolsillo del otro traje. Entonces se sintió muy contrariada, y le pareció que se había arrojado ella misma de su casa. Tuvo que llamar.

—¡Ah! Es la señora—dijo Rosalía al abrir.—Ya empezaba á estar intranquila.

Y tomando el paraguas para llevarlo á la cocina y ponerlo sobre la piedra del fregadero:

—¡Eh! ¿Qué lluvia?... Ceferino, que acaba de llegar, ha venido hecho una sopa... Me he permitido hacerle quedar á comer, señora... Le han dado diez horas de permiso.

Elena, maquinalmente la seguía. Parecía sentir la necesidad de ver de nuevo todas las estancias de su casa, antes de quitarse el sombrero.

—Ha hecho usted bien, hija mía—respondió.

Por un instante se paró en el dintel de la cocina, contemplando los encendidos fogones. Con ademán instintivo abrió una alacena y la volvió á cerrar. Todos los muebles estaban en su sitio; los volvía á ver, y esto la ocasionaba una satisfacción grande. Entretanto, Ceferino se había levantado respetuosamente. Elena sonrió, dirigiéndole una leve inclinación de cabeza.

—No sabía si había de poner el asado,—dijo la sirvienta.

—¿Pues qué hora es?—preguntó Elena.

—Muy cerca de las siete, señora.

—¡Cómo! ¿Las siete?

Se quedó admiradísima. Había perdido la conciencia del tiempo. Fué para ella como un despertar.

—¿Y Juana?—dijo.

—¡Oh! Ha sido muy buena, señora. Hasta me parece que se ha dormido, porque no la he vuelto á oír.

—¿No le ha encendido usted luz?

Rosalía se quedó cortada, pues no se atrevía á decir que Ceferino le había llevado estampas. La señorita no se había movido, lo cual probaba que la señorita no necesitaba nada. Pero Elena no la escuchaba. Entró en la alcoba, en donde la sobrecogió gran frío.

—¡Juana! ¡Juana!—llamó.

Ninguna voz respondía. Elena tropezó con un sillón. La puerta del comedor, que había dejado entreabierta, iluminaba un ángulo de la alfombra. Elena sintió un estremecimiento; hubiérase dicho que la lluvia caía en la habitación, con sus soplos húmedos y su chorrear continuo. Entonces, al volverse, distinguió el pálido cuadrado que cortaba la ventana en el gris cielo.

—¿Quién ha abierto esa ventana?—gritó Elena.

—¡Juana! ¡Juana!

Tampoco obtuvo respuesta. Una inquietud mortal le oprimía el corazón. Quiso mirar por aquella ventana, pero, al palpar, sintió una cabellera. Juana estaba allí. Y como Rosalía llegara con una lámpara, apareció la niña, completamente blanca, durmiendo con la mejilla apoyada en los cruzados brazos, en tanto que las salpicaduras de las gotas que caían del techo la mojaban. Ya no resollaba, rendida de cansancio y desesperación. Sus grandes párpados azulados retenían en las pestañas dos gruesas lágrimas.

—¡Desgraciada niña!—balbuceaba Elena.—¡Dios mío! Está completamente fría... Dormirse ahí, y con un tiempo semejante, cuando se le había pro-

hibido tocar la ventana... ¡Juana, Juana! ¡Respóndeme! ¡Despiértate!

Rosalía había desaparecido prudentemente. La niña, á quien su madre había levantado en brazos, dejaba caer la cabeza, como si no pudiese sacudir el sueño de plomo que se había apoderado de ella. Sin embargo, abrió los párpados; y se quedó aletargada, entontecida, con los ojos ofendidos por la luz de la lámpara.

—Juana... soy yo... ¿Qué tienes? Mírame, acabo de volver...

Pero la niña no comprendía, y murmuraba con aire de estupor:

—¡Ah!... ¡Ah!

Examinaba á su madre, como si no la hubiera reconocido. Después, de repente, tiritó y pareció sentir el gran frío de la alcoba. Las ideas le volvían á su mente, y las lágrimas de sus pestañas rodaron por las mejillas. Se resistía, negándose á que la tocaran.

—Eres tú... eres tú... ¡Oh! Déjame, me aprietas demasiado... Estaba tan bien...

Y deslizóse de sus brazos, sintiendo miedo de ella. Con mirada inquieta, paseaba la vista de las manos á los hombros de su madre; una de las manos estaba desenguantada, y Juana retrocedía ante la muñeca desnuda, la palma húmeda, los dedos tibios, con el aspecto salvaje con el cual huía de la caricia de un extraño. Ya no era aquel olor de verbena; los dedos debían de haberse alargado, la palma conservaba cierta blandura. Y Juana estaba exaspe-

rada al contacto de aquel cutis que le parecía cambiado.

—Vamos, no te riño,—continuaba Elena.—¿Pero te parece razonable esto? Dame un beso.

Juana seguía retrocediendo. No se acordaba de haber visto aquel vestido, aquel abrigo de su madre. La cintura estaba suelta y los pliegues caían de una manera que la irritaba. ¿Por qué volvía su madre tan mal vestida, con algo feo y triste en todas sus cosas? Llevaba la falda manchada de barro, los zapatos habían reventado, y nada se le asentaba al cuerpo, como decía la niña, cuando se incomodaba contra otras niñas que no sabían vestirse.

—Dame un beso, Juana.

Pero la niña no reconoció tampoco la voz, que le parecía más fuerte. Había subido la vista hasta el rostro de su madre, y se admiraba al ver la pequeñez cansada de los ojos, de la rojez febril de los labios, de la sombra extraña que anegaba por completo su rostro. No le gustaba aquéllo, y empezaba á sentir de nuevo el dolor en el pecho que le daba cuando la hacían disgustarse. Entonces, enervada por la proximidad de aquellas cosas sutiles y rudas que olfateaba, comprendiendo que respiraba en ellas el aroma de la traición, prorrumpió en sollozos.

—No, no, te lo ruego... ¡Oh! Me has dejado sola... ¡oh! he sido muy desgraciada...

—Pero he vuelto ya, amor mío... No llores, que ya he vuelto...

—No, no, se ha acabado... Ya no te quiero... ¡Oh! He esperado... he esperado... me hace mucho daño...

Elena la había vuelto á coger y la atraía dulcemente, en tanto que la niña se obstinaba, repitiendo:

—No, no, ya no es lo mismo... No eres la misma ya.

—¡Cómo! ¿Qué dices, hija mía?

—No lo sé, no eres la misma.

—¿Quieres decir que no te quiero?

—No lo sé, no eres la misma... No digas que no... No hueles lo mismo... Se ha acabado, acabado, acabado. Quiero morirme.

Completamente pálida, Elena la tenía de nuevo en los brazos. ¿Se le vería aquéllo en el rostro? Besó á Juana, pero la niña estaba temblorosa, con aspecto de tan profundo malestar, que no se atrevió á darle el segundo beso en la frente. Sin embargo, la conservó en los brazos. Ni una ni otra dijeron una palabra más. Juana lloraba muy quedo, con la rebeldía nerviosa que la envaraba. Elena pensaba que no había que dar importancia á los caprichos de los niños. En el fondo, sentía una vergüenza sorda, y el peso de su hija sobre los hombros la hacía enrojecer. Entonces, dejó á Juana en el suelo. Las dos se sintieron aliviadas.

—Ahora, sé razonable, límpiate los ojos,—dijo Elena.—Arreglemos todo esto.

La niña obedeció, mostrándose muy dulce, algo temerosa, mirando al suelo. Pero bruscamente la sacudió un ataque de tos.

—¡Dios mío, ya estás mala ahora! No puedo ausentarme ni un segundo... ¿Has tenido frío?

—Sí, mamá, en la espalda.

—Toma, ponte este chal. La estufa del comedor está encendida. Ve á calentarte. ¿Tienes hambre?

Juana vaciló. Iba á decir la verdad, á responder que no; pero lanzó una nueva mirada de soslayo, y retrocedió, diciendo á media voz:

—Sí, mamá.

—Entonces, eso no será nada,—declaró Elena, que sentía necesidad de tranquilizarse. Pero te lo ruego, niña mala; no me llores más de ese modo.

Cuando se presentó Rosalía á avisar que la comida estaba dispuesta, Elena la rió vivamente. La criadita bajaba la cabeza, murmurando que era mucha verdad, y que hubiera debido vigilar á la señorita. Después, para calmar á la señora, la ayudó á desnudarse. ¡Dios santo! ¡Cómo venía la señora! Juana seguía con la vista las ropas, que caían una por una, como si les preguntara, esperando ver caer de aquellas telas manchadas de barro las cosas que le ocultaban. Sobre todo, el cordón de unas enaguas no quería desatarse. Rosalía tuvo que trabajar un instante para deshacer el nudo; y la niña se acercó, atraída, compartiendo la impaciencia de la criada, incomodándose con aquel nudo, asaltada por la curiosidad de saber cómo estaba hecho. Pero no pudo estar allí, y se refugió detrás de uno de los sillones, lejos de los vestidos cuyo olor la molestaba. Volvía la cabeza. Nunca la había incomodado de aquel modo su madre al cambiarse de ropa.

—La señora debe de sentirse muy bien,—decía Rosalía.—Se está divinamente con la ropa seca cuando se moja una.

Elena, en su bata de muletón azul, lanzó un

leve suspiro, como si efectivamente experimentase bienestar. Volvía á hallarse en su casa, á sus anchas, sin sentir ya en los hombros el peso de aquellos vestidos que había llevado. Fué inútil que la criada le dijese que la sopa estaba en la mesa, porque Elena quiso también lavarse bien la cara y las manos. Cuando estuvo completamente limpia, húmeda aún, con la bata abrochada hasta el cuello, Juana volvió á acercarse á ella, le cogió una mano y se la besó.

Sin embargo, durante la comida, madre é hija no hablaron una palabra. Roncaba la estufa, y el pequeño comedorcito se alegraba con su reluciente caoba y sus porcelanas claras. Pero Elena parecía caída de nuevo en aquel letargo que le impedía pensar; comía maquinalmente, como si tuviera mucho apetito. Juana, enfrente de ella, alzaba las miradas por cima del vaso, solapadamente, sin perder un solo ademán de su madre. Tosió. Elena, que había olvidado, se sintió inquieta de repente.

—¿Cómo? ¿Vuelves á toser? ¿No entras en calor aun?

—Oh, sí, mamá. Tengo mucho calor.

Quiso Elena tocarle la mano, para ver si mentía. Entonces se percató de que el plato de la niña estaba lleno.

—Decías que tenías hambre... ¿No te gusta ésto?

—Sí, sí, mamá. Ya como.

Juana hacía un esfuerzo, tragaba un bocado. Elena la vigilaba un instante, y después su recuerdo se volvía allá abajo, á aquella habitación sombría. Y la niña veía muy bien que ya no le hacía caso.

Hacia el fin de la comida, sus pobres miembros desgarrados se habían dejado caer sobre la silla; parecía una viejecita, con los ojos pálidos de las solteras de muchos años á quienes no amaré ya nadie.

—¿La señorita no toma confitura?—preguntó Rosalía.—Entonces, ¿puedo quitar la mesa?

Elena seguía con los ojos extraviados.

—Mamá, tengo sueño,—dijo Juana, con alterada voz.—¿Quieres permitirme que me acueste?... Estaré mejor en la cama.

De nuevo pareció su madre despertarse con sobresalto.

—¿Estás mala, vida mía? ¿Dónde te duele, dímelo? ¡Habla!

—No, no, cuando te digo que no... Tengo sueño, ya es hora de dormir.

Dejó su silla y se enderezó, para hacer creer que no estaba mala. Sus piecitos entorpecidos se aferraban al pavimento. En la alcoba, se apoyó en los muebles, y tuvo el valor de no llorar, á pesar del fuego que por todas partes la quemaba. Fué su madre á acostarla; pero tanta prisa se había dado la niña para quitarse los vestidos, que Elena no llegó á tiempo más que para anudarle los cabellos. Juana se metió por sí sola entre sábanas, y cerró en seguida los ojos.

—¿Estás bien?—preguntó Elena, arrojándola con la colcha.

—Muy bien. Déjame, no me muevas... Llévate la luz.

No deseaba la niña más que una cosa, estar en obscuridad completa para volver á abrir los

ojos y sentir su mal sin que nadie la mirara. Cuando no tuvo ya allí la lámpara, abrió los ojos cuan grandes eran.

Entre tanto, allí al lado, en la alcoba, Elena paseaba. Una singular necesidad de movimiento la tenía en pie, y el pensamiento de acostarse se le hacía insoportable. Miró el reloj; las nueve menos veinte minutos. ¿Qué haría? Revolvió un cajón, y no se acordó de lo que en él estaba buscando. Después, se acercó á la biblioteca, y lanzó una ojeada á los libros, sin decidirse, aburrida por la mera lectura de los títulos. El silencio de la alcoba zumbaba en sus oídos; aquella soledad, aquel ambiente pesado eran un sufrimiento para la joven. Hubiera deseado ruido, gente, algo que la sacara de sí misma. Por dos veces, prestó oído en la puerta del gabinetito, en el que Juana no dejaba oír ni la respiración siquiera. Todo dormía; Elena siguió dando vueltas, quitando y volviendo á poner en su sitio los objetos que le caían bajo las manos. Pero tuvo de repente una idea, la de que Rosalía debía de estar aún con Ceferino. Entonces, consolada, dichosa ante la idea de que no estaba sola, se dirigió hacia la cocina, arrastrando las zapatillas.

Cuando estaba en la antesala, y empujaba ya la puerta de cristales del comedorcito, sorprendió el chasquido sonoro de un bofetón, dado con toda el alma. La voz de Rosalía gritaba:

—¡Vuelve otra vez á pellizcarme!... ¡Baja esas patas!

En tanto que Ceferino murmuraba tartajando:

—No importa, hermosa mía... Así es como te quiero... Y así...

Pero había rechinado la puerta. Cuando entró Elena, el soldadete y la cocinera, sentados á la mesa con la mayor tranquilidad, tenían las narices metidas en los platos. Aparentaban indiferencia, no habían sido ellos. Sólo que estaban coloradísimo, sus ojos relucían como chispas, y la inquietud les hacía saltar sobre sus sillas de paja. Rosalía se levantó, saliendo precipitadamente al encuentro de Elena.

—¿Desea algo la señora?

Elena no había preparado el pretexto. Iba para verles, para hablar, para estar con alguien. Pero le dió vergüenza y no se atrevió á decir que no quería nada.

—¿Tiene usted agua caliente?—preguntó por fin.

—No, señora... El fuego se está apagando... Pero no importa, se la daré á usted dentro de cinco minutos. En seguida hierve.

Puso más carbón, y colocó sobre el fogón la olla. Después, al ver que su ama se quedaba allí, en el dintel:

—Dentro de cinco minutos se la llevaré á usted, señora.

Entonces Elena hizo un gesto vago.

—No me corre prisa; esperaré... No se moleste usted, hija mía; coma... coma... Ahí tenemos un muchacho que se va á ver obligado á volver al cuartel.

Rosalía consintió en sentarse de nuevo. Ceferino, que se mantenía en pie, saludó militarmente

y cortó de nuevo la carne que tenía delante, alargando los codos para demostrar que sabía ser fino. Cuando comían de aquel modo juntos, después de haber comido la señora, ni siquiera sacaban la mesa al centro de la cocina, y preferían sentarse el uno al lado de otro, de cara á la pared. De tal manera podían darse golpes con la rodilla, pellizcarse, soltarse sopapos, sin perder bocado; y si levantaban los ojos, tenían el regocijante espectáculo de las cacerolas. Un manojo de laurel y tomillo estaba colgado de la pared, y la caja de las especias exhalaba olor á pimienta. Alrededor de ellos, la cocina, que no estaba aún arreglada, ostentaba la desbandada de los relieves de la comida, pero no obstante, era muy agradable para dos enamorados de buen apetito, que se refocilaban con manjares que no servían nunca en el cuartel. Sobre todo, olía á asado sazonado con un punto de vinagre, el vinagre de la ensalada. Como el fogón calentaba horribilmente, habían entreabierto la ventana, y frescos soplos de viento, venidos del jardín, hinchaban la cortina azul.

—¿Tiene usted que volver al cuartel á las diez en punto?—preguntó Elena.

—Sí, señora,—respondió Ceferino.—Si no dispone usted otra cosa.

—Y hay una buena caminata... ¿Toma usted el ómnibus?

—Sí, señora, á veces... Pero verá usted, con un buen trote á paso gimnástico, se va mucho mejor aun.

Elena había dado un paso en la cocina, y se

apoyaba en el aparador, con las manos caídas y enlazadas sobre la bata. Habló del mal tiempo del día, de lo que se comía en el regimiento, de la carestía de los huevos. Pero cada vez que había hecho una pregunta y que le habían contestado, la conversación cesaba. La joven les turbaba, allí, á su espalda; ninguno de los dos se movía ya, y hablaban dirigiéndose á los platos, doblando la espalda bajo las miradas de la señora, en tanto que comían á pequeños bocados, para ser limpios. Elena, calmada, se encontraba bien allí.

—No se impaciente usted, señora,—dijo Rosalía.—Ya empieza á cantar el agua... Si el fuego fuese más vivo...

No le permitió Elena que se levantara en seguida. Sólo sentía una gran lasitud en las piernas. Maquinalmente atravesó la cocina y fué al lado de la ventana, en donde veía la tercera silla, una silla de madera, muy alta, que se convertía en escalera cuando le daban vuelta. Pero no se sentó en seguida. Había visto, en una esquina de la mesa, un montón de grabados.

—¡Toma!—dijo cogiéndolos, con deseo de ser agradable á Ceferino.

El soldadete tuvo una silenciosa sonrisa. Estaba radiante, siguiendo los grabados con la vista, y balanceando la cabeza, cuando pasaba uno muy bonito ante los ojos de la señora.

—Ese,—dijo de repente,—lo encontré en la calle del Temple... Es una mujer muy guapa, que lleva flores en el cesto...

Elena se había sentado. Examinaba á la mujer

guapa, una tapa de caja de pastillas, dorada y barnizada, que Ceferino había limpiado con gran esmero. En el respaldo de la silla, un trapajo impedía á Elena el reclinarsse. Quitólo, y se abstraio de nuevo. Entonces, los dos enamorados, al ver tan buena á la señora, abandonaron su turbación. Acabaron hasta por olvidarla. Elena había dejado, uno por uno, caer sobre sus rodillas todos los grabados; y sonriendo vagamente, miraba á los novios y les escuchaba.

—Díme, pequeño,—murmuraba la cocinera.—¿No quieres más jigote?

El no respondía ni que sí ni que no, y se movía como si le hicieran cosquillas. Después se arrellanaba á sus anchas, en cuanto Rosalía le ponía en el plato una buena tajada. Sus rojas charreteras saltaban, en tanto que su redonda cabeza, de grandes orejas salientes, adquiría el balanceo de un monigote, dentro del cuello amarillo. Se reía con la espalda reventando dentro de la guerrera, que no se desabrochaba nunca en la cocina, por respeto á la señora.

—Esto es mejor que los rábanos del tío Rouvet,—acabó por decir con la boca llena.

Esto era un recuerdo del país. Ambos reventaban de risa, y Rosalía se agarró á la mesa, para no caerse. Un día, antes de su primera comunión, Ceferino había robado tres rábanos al tío Rouvet; eran duros los malditos, oh, duros hasta romper los dientes; pero Rosalía, á pesar de ello, se había comido su parte, detrás de la escuela. Desde entonces, cada vez que comían juntos, Ceferino no dejaba de decir:

—Esto es mejor que los rábanos del tío Rouvet. Y cada vez que lo decía, Rosalía se reía tan fuerte, que rompía el cordón de las faldas. Oyóse el cordón que se rompía.

—¿Lo has roto, verdad?—dijo el soldadillo triunfante.

Y adelantó las manos, y quiso saberlo. Pero recibió cachetes.

—Estate quieto, que no lo compondrás... Es estúpido esto de hacerme romper el cordón. Uno me tengo que poner cada semana.

Después, como él siguiera tentando, Rosalía le cogió un gran pellizco en la mano y lo retorció. Aquella gentileza iba á excitarle más aun, cuando Rosalía, con furiosa mirada, le enseñó á la señora que les estaba mirando. Sin turbarse gran cosa, se hinchó Ceferino los carrillos con un bocado enorme, guiñando los ojos con su aire de militar desbastado, como diciendo que á las mujeres no les disgusta eso, ni aun á las señoras. Seguramente, cuando dos se quieren, da gusto verlo.

—¿Aun le quedan á usted cinco años de ser soldado?—preguntó Elena, abatida sobre la alta silla de madera, abstrayéndose en una gran dulzura.

—Sí, señora. Quizá cuatro solamente, si no me necesitan.

Rosalía comprendió que la señora pensaba en su matrimonio, y exclamó, fingiendo gran cólera:

—¡Oh! Señora, ya se puede quedar diez años más, que no seré yo la que vaya á reclamarlo al gobierno... Se está volviendo demasiado listo. Ya creo que lo despabilan, ya... Sí, sí, ya puedes reir-

te, que conmigo no te vale. Cuando estemos delante del señor alcalde, ya veremos entonces.

Y como Ceferino se riera más fuerte, para presentarse como un seductor ante la señora, la cocinera se incomodó de verdad.

—Cállate, te lo aconsejo... En el fondo, señora, es tan torpe como antes. No puede usted tener una idea de lo tontos que los hace el uniforme... Eso es lo que él presume con sus camaradas. Si lo plantara en la puerta de la calle, ya le oiría usted llorar en la escalera... Me importas un pito, niño mío... Cuando yo quiera, me parece que no estarás siempre aquí, para saber cómo llevo las medias...

Mirábale muy de cerca; pero al verle de aquel modo, con su rostro bonachón de color de salvado que comenzaba á ponerse inquieto, se sintió enternecida de repente. Y sin aparente transición le dijo:

—¡Ah! No te he contado que he recibido una carta de la tía... Los Guignard querían vender su casa... Sí, casi por nada. Quizá, más tarde...

—¡Canastos!—dijo Ceferino extático.—Allí si que estaría uno en su casa... Hay sitio para poner dos vacas...

Entonces se callaron. Estaban en los postres. El soldadito echaba arroyo en el pan, con golosina de niño, en tanto que la cocinera mondaba una manzana, cuidadosamente, con aire maternal. Ceferino, entre tanto, había metido la mano libre bajo la mesa, y le hacía cosquillitas en las rodillas, pero de una manera tan suave, que Rosalía fingía no sentir las. Cuando él estaba decente, ella no se incomodaba.

Y aun debía de gustarle aquello, sin confesarlo, porque daba en la silla ligeros saltos de contento. En fin, aquel día era un regalo completo.

—Señora, el agua hierve—dijo Rosalía después de una pausa.

Elena no se movía. Sentíase como confortada por la ternura de los novios. Y continuaba por ellos sus ensueños, y se los imaginaba allá en el pueblo en la casa de los Guignard, con sus dos vacas. La hacía sonreír el verle tan serio, con la mano debajo de la mesa, en tanto que la criadita se mantenía muy erguida, como si no le hiciera nada. Todas las distancias se habían acortado y Elena no tenía conciencia clara de sí misma ni de los demás, del lugar en que estaba ni de lo que había ido á hacer allí, con el rostro anegado en reflejos, sin que se sintiera ofendida por el desorden de la cocina. Aquel rebajamiento de sí misma le daba el goce profundo de una necesidad satisfecha. Sólo tenía mucho calor, y el hornillo ponía gruesas gotas de sudor en su pálida frente, y, detrás de ella, por la ventana entreabierta soplaba un airecillo que daba á su nuca deliciosos estremecimientos.

—Señora, el agua hierve—repitió Rosalía.—No va á quedar ni una gota en la olla.

Y colocó la olla delante de ella. Elena, sorprendida por un instante, tuvo que levantarse.

—¡Ah! Sí... gracias.

No tenía ya pretexto para quedarse, y se fué lentamente, con pesar. En su alcoba le estorbó la olla. Pero toda su pasión estaba en ella. Aquella pereza que la había tenido como imbécil se deshacía

en una ola de vida ardiente, cuyo fluido la quemaba. Estremeciase por la voluptuosidad que nunca había experimentado. Ocurríansele recuerdos, y sus sentidos se despertaban demasiado tarde, con un deseo inmenso no saciado. En pie en medio de la estancia, estiró todo el cuerpo, con las manos levantadas y retorcidas, haciendo crujir sus enervados músculos. ¡Oh! Le amaba, le quería, y se entregaría de aquel mismo modo la vez próxima.

Y, en el momento en que se quitaba la bata, contemplando sus desnudos brazos, la inquietó un ruido, y creyó que había tosido Juana. Entonces, tomó la lámpara. La niña con los párpados cerrados, parecía dormida. Pero, cuando su madre, tranquilizada, hubo vuelto la espalda, Juana abrió los ojos cuan grandes los tenía, ojos negros que seguían á Elena mientras volvía ésta á la alcoba. No dormía aún, ni quería que la hicieran dormir. Una nueva crisis de tos la desgarró la garganta, y hundió la cabeza bajo los cobertores, para sofocarla. Ya podía morir, que su madre no la vería. Y conservaba los ojos abiertos en la noche, sabiéndolo todo, como si acabara de reflexionar, y muriéndose de aquéllo, sin una queja.

II

Elena, á la mañana siguiente, tuvo toda clase de ideas prácticas. Despertóse con la imperiosa necesidad de velar ella misma por su dicha, temblorosa ante la idea de perder á Enrique por cualquier imprudencia. En aquella friolenta hora del levantarse, mientras la aletargada alcoba dormía aún, Elena le adoraba, le deseaba, con impulso de todo su sér. Nunca se había conocido aquel cuidado de ser hábil. Su primera idea fué que iría á ver á Julieta aquella misma mañana. Así evitaría explicaciones enojosas, pesquisas que podían comprometerlo todo.

Cuando llegó á casa de madame Deberle, á cosa de las nueve, la encontró levantada ya, pálida, y con los ojos enrojecidos como una heroina de drama. Y, en cuanto la vió, la pobre señora se arrojó en sus brazos llorando, y llamándola su ángel bueno. No amaba á Malignon en absoluto, ¡oh! lo juraba. ¡Dios santo, qué estúpida aventura! Se hubiera quedado muerta, de seguro; porque, ahora, comprendía ya que ella no estaba hecha para aque-